

á Mitridates. Recibió Tigrano al embajador con altanería, y pareciéndole que los enviados no hacían su súplica en tono bastante humilde, se negó á entregarles su suegro. De este modo le trató con más cortesía, escuchó sus consejos, y le dió diez y seis mil hombres para que tratase de reconquistar sus estados del Ponto.

Pasa osadamente Lúculo el Tigris y el Eufrates á la cabeza de sólo quince mil hombres, y penetra en el corazón de la Armenia. El primero que dió la noticia á Tigrano fué ahorcado como impostor: despues cuando fué confirmada exclamó: *Como embajadores son muchos, como guerreros pocos*. Había vencido Lúculo á Mitridates por la lentitud, triunfó de Tigrano por la rapidez. En vano aconsejaba el rey su suegro á Tigrano que evitase una batalla, que era mejor talar el país de modo que el pequeño ejército de Lúculo pereciese hambriento (69); se dió el combate. Como se advirtiese á Lúculo que aquel día (6 de Octubre) era del mal agüero para los romanos desde la derrota de Cepion por los cimbras: *Yo haré de modo* respondió *que en adelante sea un día feliz*. En efecto, derrotó con un puñado de valientes á doscientos mil bárbaros, en cuyo número se encontraban diez y siete mil caballeros cubiertos de hierro.

Facilitaron á Lúculo los griegos, que Tigrano trasladó á Asia, la toma de Tigranocerta, y los envió á su patria, dándole dinero para el viaje. Lo mismo había hecho con Amiso en el Ponto, y dando la independencia á esta ciudad, así como á Sinope, le ganó el afecto de los bárbaros respetando las personas y propiedades. Tributáronle homenaje las tribus árabes, como á su libertador; lo mismo aconteció con los sofénios y los gordienios. Quería llevar la guerra á los partos, cuya fidelidad parecía titubear; pero los soldados se negaron á seguirle más léjos.

Mostróse Tigrano tan cobarde en los reveses, cuanto orgulloso había sido en la prosperidad. Pero el indomable Mitridates redoblaba sus esfuerzos para reunir un nuevo ejército en las llanuras allende el Tauro. Alcanzóle Lúculo y le derrotó enteramente cerca de Artaxo (68) de donde consiguieron los dos reyes escaparse. Podía en adelante alabarse de anonadar á los enemigos de la república, cuando sus soldados de comun acuerdo se negaron á obedecerle. En

vano iba de tienda en tienda conjurádoles uno por uno á volver á entrar en su deber. Por una parte Publio Clodio, su cuñado adúltero, le enajenaba la voluntad de los soldados; otros se quejaban por otra de no conseguir nada con la guerra, y mostrándole sus bolsas vacías le decían que fuera á pelear él sólo, pues que él solo sacaba provecho.

Tal vez sea verdad que Lúculo arrancase enormes sumas á las ciudades que reservaba del pillaje; pero en Roma los publicanos, cuya capacidad había refrenado, exajeraron la suya, y lo hicieron de tal manera, que el Senado pensó en darle un sucesor. Propuso el tribuno Manilio á Pompeyo; fué sostenido por Ciceron, y el pueblo le nombró á pesar de la oposicion de los nobles.

Era enviado el nuevo general al triunfo y no á la guerra. Trató Lúculo de despedirle diciendo que venía como los cuervos para caer sobre cadáveres; que era inútil molestarse cuando todo se había acabado. Resultaron malas inteligencias. No permitió el jóven general acercarse á Lúculo, derogó todo lo que había hecho y no le dejó más que seiscientos soldados para volver á Roma. No consiguió el triunfo Lúculo sino con trabajo; retiróse entonces de los negocios, y poco satisfecho de su familia, buscó distracciones en los placeres y en un lujo que llegó á ser proverbial. No se presentaba en el Senado sino para contrariar algun proyecto de Pompeyo, quien consiguió hacerle desterrar de Roma.

Aprovechóse Mitridates de las disensiones acaecidas por consecuencia del reemplazo de Lúculo, para entrar en el Ponto, invadir la Capadocia y volver á abrir á los bárbaros el camino del Cáucaso. Se hubiera visto expuesta Roma á un gran peligro, si más fáciles comunicaciones hubiesen permitido al rey reunirse á los piratas y á Espartaco que hacia entonces la guerra á la república. Pero la fortuna quería permanecer fiel á la medianía de Pompeyo. Rebelóse un hijo de Tigrano contra su padre, y derrotado se colocó de parte de los romanos, cuyo ejército condujo á Armenia.

Desanimado Tigrano acudió á la tienda de Pompeyo, y allí en presencia de su hijo desnaturalizado, se proclama feliz de tener por vencedor á semejante héroe (66). Este en recompen-

sa le devuelve la Armenia á condicion de pagar 600.000 talentos y abandonar la Capadocia, la Cilicia, la Siria y sus posesiones en Fenicia. Bajo estas condiciones fué declarado aliado y amigo de los romanos, que le proporcionaron sócorros contra los partos; y no solo dejó de prestar ayuda á Mitridates, sino que tambien prometió 100 talentos al que le presentase su cabeza.

Mitridates había tambien pedido tratar con Pompeyo, pero los romanos que habían adoptado su partido, temiendo verse sacrificados, le obligaron á romper las conferencias. Derrotado nuevamente á orillas del Eufrates y abandonado de los suyos, huyó sólo favorecido por la noche. A la noticia de la sumision de Tigrano (65), se refugió en la Crimea, y sin perder nada de su valor empezó á reclutar un ejército de albaneses, de iberos y otros pueblos del Cáucaso. Siguióle Pompeyo á este lejano país y dispersó sin trabajo aquellas hordas mal disciplinadas; despues, sin aventurarse en la Hircania para penetrar hasta el Bósforo á través de los escitas, se dirigió hácia el Mediodía, sometiendo á su paso provincias abiertas y dispuestas á sufrir el yugo.

Persuadido de que ya no estaba allí Mitridates, dirigió Pompeyo sus armas por otra parte, y en el curso de una expedicion que más bien pareció un paseo triunfal, ocupó la Siria y la Judea. Despues de haberlas dado á quien las quiso, proyectó muy imprudentemente un ataque contra los árabes. Pero Mitridates no había muerto. Anciano como era, roído por una úlcera que le obligaba á permanecer oculto, meditaba nada ménos que sublevar á todas las naciones bárbaras y armar contra Roma á los escitas, galos y partos. Enviaba con este objeto emisarios y embajadores por todas partes. Habiendo aparecido de nuevo en el Ponto, armó nueve cohortes, recobró varias ciudades é hizo marchar á sus hijas hácia la Escitia con intencion de procurarse yernos aliados de los príncipes de este país; pero vendidas por su escolta fueron entregadas á los romanos. Proponíase, sin embargo, conducir un ejército á la Galia por el Bósforo Cimeriano á través de la Escitia y la Panonia, con objeto de caer sobre Italia con las hordas que encontrase en aquellas comarcas; pero tuvo oposicion por parte de sus oficiales

espantados de la temeridad que había en emprender tal proyecto. Púsose á la cabeza de los descontentos Farnacio, su más querido hijo: ganado por los romanos se hizo proclamar rey (63). Despues de haber procurado en vano Mitridates conmovier á este hijo extraviado por la ambicion, se envenenó haciendo participar de su suerte á sus concubinas y á dos de sus hijas prometidas á los reyes de Chipre y de Egipto. Ellas perecieron; pero él se había predispuesto de tal manera por la costumbre contra el efecto de los venenos, que el que tomó fué impotente y tuvo que recurrir al acero. Encontróle espirando el enemigo que acababa de penetrar en la plaza; y su hijo Farnacio mandó en su bárbara piedad curar su herida y conservarle para el triunfo; pero un gallo le degolló.

Había reinado sesenta y un años, ofreciendo el conjunto de grandes cualidades y enormes vicios. No titubeaba Ciceron en proclamarle el más grande rey que apareció desde Alejandro; y no permiten considerar excesivo este elogio, tantas victorias, su prodigiosa actividad y sus inagotables recursos en la adversa fortuna. Era confirmado además por la alegría que su muerte causó al ejército y al pueblo romano. Aquel temible enemigo, era además, un hombre de un talento cultivado; hablaba las lenguas de veinticuatro naciones que obedecían á sus leyes; escribió en griego un tratado de botánica, tambien tenía conocimientos en medicina, y encontró el antídoto que aún conserva su nombre.

No concluyen los historiadores en la enumeracion de las riquezas encontradas en los tesoros del rey del Ponto. Solo la ciudad de Telaurá, dió mil copas de onice montadas en oro. Ocupáronse los comisionados de la república treinta dias en anotar en un registro los vasos de oro y plata, y las sillas y bridas guardadas de diamantes. Encontráronse en otras partes, estatuas de dioses de oro macizo, y una del rey, de ocho codos de altura; un juego de damas hecho de dos piedras finas, de tres piés de ancho y cuatro de largo, con las damas tambien de piedras preciosas, sobre el cual había una luna de oro de treinta libras de peso.

Dejó libre á Pompeyo la muerte de este príncipe de disponer á su albedrío del Asia. Formaron la nueva provincia de Bitinia, la ciudad

de este nombre, las costas septentrionales, la Paflagonia y el Ponto: constituyeron la de Cilicia, las costas meridionales, la Cilicia y la Pamfilia; conservó Ariobarzano la Capadocia; dióse la grande Armenia á Tigrano, á Hyrcan la Judea, y á Farnacio el Bósforo en recompensa de su parricidio; otros pequeños Estados fueron parte de príncipes dependientes.

Derrocados del trono de Siria los selencidas por el descontento popular, habian esperado volver á ascender á él con ayuda de Pompeyo, en la época de la caída de Tigrano, pero el procónsul reprendió á Antioco, último de esta raza, atreverse á pedir lo que no habia sabido conservar: triunfando los romanos de Tigrano, habian adquirido aquel reino, y debian defenderlo mejor que él contra los árabes y judíos. En virtud de este derecho de hecho, convirtió Pompeyo al Asia y á la Fenicia en una nueva provincia, bajo el nombre de Siria, y perdieron para siempre los selencidas un reino que habian poseído doscientos años.

Incómodos los tracios á la Macedonia, y amenazadores á la república, habian sido primero batidos por Sila (35), despues por Appio (75), que se encontraba en la Macedonia en calidad de procónsul. Habíalos en seguida rechazado Curion hasta el Danubio (73): despues M. Lúculo les derrotó enteramente, mientras que su hermano peleaba en Asia.

Los escitas, que se habian manifestado de nuevo temibles con Mitridates, desaparecen con él de la escena de la historia, y la ignorancia ó la poesía extiende su nombre á todos los pueblos del Norte. Vencidos por los sarmatas, tal vez se mezclaron á los galos arrollados por los germanos, á los cuales los rusos dan aún el nombre de escitas.

Habiase libertado Roma de todos los reyes bastante poderosos para hacerle frente; pero ella tenia por vecinos á los formidables partos, que más de una vez debian colocarla al borde del abismo.

CAPITULO XXXIV.

Los gladiadores.—Los piratas.—Los caballeros.—Verres.—Caton.—Craso.—César.

Habia distado mucho la Italia de estar tranquila, durante este período, y la humanidad

que encendiera la guerra de los esclavos hizo estallar la de los gladiadores. Desde el instante en que habia comenzado á recrearse con las luchas de hombres entre sí y contra las fieras, fué un arte saber herir con destreza y morir con gracia; y vino á ser un oficio aleccionar á aquellos infelices destinados á espectáculos tan crueles. Maestros especiales (*lanista*), enseñaban en Roma á hombres libres y á ciudadanos, á dar y á recibir la muerte de una manera propia á divertir al pueblo. Pero lo que con especialidad le encantaba no era tanto la diestra esgrima de aquellas gentes, como los esclavos y prisioneros llevados de los países donde la civilización no les habia enervado, y que, desplegando en la arena un vigor de miembros gigantesco, descargaban golpes cuya salvaje fortaleza suplía por la maestría.

Ricos empresarios, tenian en su casa una multitud de hombres elegidos con esmero, á quienes aumentaban y ejercitaban para aquel uso. El edil, que debia dar un espectáculo al pueblo, el rico, que anhelaba obtener su benevolencia ó su admiración, iba en busca del empresario y trataba con él, ora alquilando solamente á los lidiadores, ora comprándolos de su cuenta y riesgo. Eran las luchas más ó menos sangrientas; pues en el primer caso hacia el especulador de modo que sus hombres salieran lo ménos mal parados posible. Pero el que abandonaba los que habia comprado á la entera discreción del pueblo, que no tenia más que volver el dedo pulgar hácia abajo para ordenar su muerte, adquiría reputación de generoso.

Aquellos depósitos eran tambien un fondo de reserva por los facciosos: allí podian comprar hombres habituados á la sangre, á quienes daban suelta á su antojo, siendo tan ajenos á los sentimientos de familia como al amor de la patria.

Cápua era el principal almacén de estas mercancías, y un tal Léntulo Baciato mantenía en esta ciudad una multitud de ellos, la mayor parte galos y tracios. Uno llamado Espartaco (73), tracio de nacimiento, de origen numida que, á una gran fuerza de cuerpo y un valor á toda prueba, juntaba una prudencia y una dulzura muy superiores á su fortuna, elegido para mostrarse en espectáculo en medio de arena,

dice á sus compañeros: *Puesto que hemos de combatir, ¿por qué no combatimos contra nuestros opresores?*

Palabras son estas de las que producen el efecto de la chispa sobre la mina preparada á recibirla. Doscientos gladiadores conciertan con él su evasión, y no pudiendo ejecutarla en secreto, derriban violentamente á sus guardas, se arman de asadores y cuchillos, apoderándose de ellos en la tienda de un mercader, luego de cuanto les viene á mano, y huyen hácia el Vesubio.

Otros echon abajo las puertas de sus prisiones y van á incorporarse á ellos, toda gente resuelta y acostumbrada á las armas. Repelieron primeramente á las tropas enviadas en contra suya, y despues á dos pretores romanos. Habiéndose aumentado su número hasta diez mil, Espartaco atraviesa la Italia y penetra en la Galia Cisalpina, patria de la mayor parte de sus camaradas. Su proyecto se reducía á establecer allí parte de los suyos, y la otra allende los Alpes, pero hubo algunos que con la esperanza de saquear á Roma, se separaron del grueso del ejército á las órdenes de Cnixo, y fueron batidos por el cónsul Gelio.

Retrocede Espartaco á la noticia de esta derrota (72): ataca y deshace al cónsul Lentulo, que le perseguía, y luego al mismo Gelio. Evaneceido aquel despreciado esclavo de ver huir á su presencia aquellas invencibles legiones y los dos primeros magistrados de Roma, prohíbe dar cuartel á ningun romano, devasta la Italia á la cabeza de veinte mil hombres, y va á acampar en la Lucania. Allí establece almacenes para sus soldados, cuyo número va siempre en aumento, y forma el proyecto de aproximarse al mar, á fin de dar por un lado la mano á los piratas, que habian fundado sobre las olas una nueva Cartago, y para encender por el otro en Sicilia la guerra de los esclavos.

Confía el Senado á Licinio Craso, principal instrumento de las victorias de Sila, el cuidado de domeñar al rebelde. Harto experimentado para no ver la gravedad del peligro, solicita que Pompeyo sea llamado de España y Lúculo de Asia. Entretanto Mummio, su teniente, ataca á Espartaco al frente de dos legiones, y queda batido con ellas. Craso acude con otras diez legiones, diezman los quinientos soldados que

han dado la primera señal de fuga delante de los revoltosos, y mata á diez mil de éstos.

En el instante en que Espartaco aspira á ganar la Sicilia, se halla empujado á una península cerca de Reghio, donde le encierra Craso. Entonces le proponen ceder algunos de los suyos; pero manda crucificar á un prisionero y exponiéndole á las miradas de todos dice: *Hé aquí la suerte que os aguarda, sino sabéis oponer resistencia;* luego á beneficio de una noche borrascosa, se abre paso por medio de los batallones enemigos. Temiendo Craso que marchase en derechura sobre Roma, se apresuró á darle alcance, le deshizo, y cayeron en el campo de batalla doce mil trescientos rebeldes, y á excepcion de dos, heridos todos por delante. Hubier querido el gladiador conducir los restos de su ejército á las montañas, refugio de la rebelión y de la libertad; pero habiéndoles llenado de orgullo una ligera ventaja, exigieron que les guiase contra Craso (71). Antes de empeñar el combate, degolló Espartaco su caballo, diciendo: *Si salgo vencedor, no me faltará caballo; si soy vencido no me hará falta ninguno.* Fué vencido, si bien despues de hacer prodigios de valentía y de caer muertos en la pelea cuarenta mil de los suyos. Viósele gravemente herido, pelear de rodillas, derribando á su piés al que se le acercaba, hasta el instante en que acribillado de flechas, cayó en un montón de cadáveres.

Solamente cinco mil habian sobrevivido; se rehicieron en la Lucania en el momento en que volvía de España Pompeyo; corrió á su encuentro, los atacó y los deshizo sin trabajo. No hubo necesidad de más para que quitase á Craso la gloria de haber puesto término á la guerra. Aquel, que habia anunciado haber sometido en España á ochocientas setenta y seis ciudades, escribió al Senado: *Craso ha alcanzado la victoria de los esclavos, yo he estirpado la rebeldía;* esta jactancia, apoyada por los elogios de sus parciales hizo que se le proclamara como el único general capaz de salvar á la república, y un doble movimiento del favor popular le valió ser confirmado el consulado.

Al revés, Craso, sobre quien recaía verdaderamente el mérito de aquella victoria, se vió obligado á dar al pueblo el diezmo de sus bienes, á servirle un banquete de diez mil mesas,